

DANIEL LAPAZANO



*TODO LO QUE USTED TIENE QUE SABER
SOBRE LAS EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE*

VIAJEROS DEL TIEMPO

Bubok

VIAJEROS DEL TIEMPO

Daniel Lapazano

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

© 2011 Bubok
ISBN 978-987-33-0904-5

[hppt://www.bubok.es](http://www.bubok.es)
Diseño de portada: Daniel Lapazano
e-mail: daniel.lapazano@gmail.com

safecreative
Global Copyright Registry Nro.1109200101896

VIAJEROS DEL TIEMPO



“Es evidente que, para sobrevivir después de la muerte, la mente tiene que establecer una conexión con una fuente de energía distinta del cerebro. Si durante la vida (tal como lo afirman algunas personas) se establece a veces una comunicación directa con las mentes de otros hombres o con la mente de Dios, entonces es evidente que esa energía exterior puede llegar a la mente de un hombre. En ese caso, no es irrazonable que espere que tras la muerte la mente pueda despertar en otra fuente de energía”

Wilder Penfield, el padre de la Neurología

“Cuando digo que voy a dar un paseo, sé que simplemente estoy describiendo una conducta que mis colegas científicos pueden cuantificar. Pero sé que en mi paseo hay algo más que el simple hecho de mover las piernas. Sé que alguna fuerza interior me decidió a dar un paseo y que esa misma fuerza interior gozó con las flores, los pájaros y la belleza de la naturaleza; la Ciencia no podrá ser nunca capaz de medir o cuantificar esos pensamientos”

Un profesor de la Universidad Johns Hopkins, fuerte partidario del conductismo, en una confesión al doctor Melvin Morse, cuando éste era uno de sus alumnos.

Prólogo:

La historia de Wilder Penfield es la historia de aquellos que fueron, como Newton, Freud o Cuvier, hombres fundadores de una rama de la Ciencia. Figura trascendente del mundo científico, prócer indiscutido de la Biología moderna, Wilder Penfield es reconocido unánimemente como el padre de la Neurología. El primero que sentó las bases del estudio científico del cerebro. Educado en Princeton, Oxford y en la Johns Hopkins, Penfield es el responsable de una gran parte de nuestra actual comprensión de la función cerebral. Fue el que realizó el primer mapa del cerebro a mediados del siglo pasado usando el método de punzar eléctricamente las distintas áreas del cerebro en muchos de sus pacientes. Como era neurocirujano, durante sus operaciones estimulaba con una pequeña corriente eléctrica puntos en la superficie del cerebro, y le preguntaba al paciente qué sentía, para poder determinar exactamente en qué región había que operar. Cuando se estimulaban de esa forma las distintas regiones del cerebro, el paciente podía referir distintas sensaciones. Por ejemplo, si se estimulaba en la

parte posterior del cerebro, el paciente veía destellos de luz; si se estimulaba en la parte lateral oía, en cambio, zumbidos o notaba cosquilleos en alguna parte de la piel. En otra región lo que sucedía era que el paciente movía alguna parte del cuerpo. Esto es posible porque el cerebro está incapacitado para sentir dolor en él mismo. Sólo puede sentir dolor si se punza en cualquier parte fuera del cerebro. Con éste sencillo y eficaz método Penfield descubrió que determinadas zonas del cerebro eran responsables del habla, de la visión, de la audición y de diversas actividades motrices.

No pasaría mucho tiempo en descubrirse la relación entre el origen de muchas enfermedades mentales asociadas al deterioro de un área del cerebro. Por medio de las modernas técnicas de escaneo cerebral como la tomografía de emisión de positrones (PET) o la resonancia magnética funcional, que permiten detectar, desde fuera y sin necesidad de abrir el cráneo, qué partes de la corteza se activan al realizar una tarea determinada, se pudo confirmar científicamente muchas de las observaciones de Penfield. Las conductas psicóticas, determinadas neurosis y hasta una inteligencia desmesurada, hallarían con el tiempo una explicación en la compleja fisiología cerebral, que, como sabemos, es la materia más

altamente organizada que se conoce en el Universo. El conocimiento actual del llamado “cerebro masculino” o lógico y “cerebro femenino” o creativo, en alusión a los dos hemisferios cerebrales, y otros tantos conocimientos actuales en materia cerebral son la herencia, sin duda, de los viejos trabajos de este notable investigador. Se pudo abrir gracias a él un nuevo y enriquecedor capítulo para la Ciencia.

En aquella época la Ciencia estaba totalmente dominada por una visión materialista de la Vida. Como muchos otros colegas médicos, Wilder Penfield pensó por muchos años que no existía un *alma* y que la conciencia era explicable por el simple funcionamiento de las neuronas. La conciencia no era para él una “entidad” (distinta del cuerpo) sino una “función” (cerebral). Estaba convencido, mientras más profundizaba en sus experimentos, que la mente era una *máquina ultrasofisticada* y nada más que eso. Un gran “ordenador” que procesaba la información que recibía del medio. La religión y el espiritismo, con sus tableros de Ouija y sus almas desencarnadas, eran para Penfield y muchos otros científicos de su época, fuertes resabios de creencias arcaicas que todavía echaban raíces en la gente corriente y que la Ciencia, con sus adelantos técnicos, se encargaría

con el tiempo de erradicar. Sus grandes descubrimientos en materia cerebral revolucionaron el mundo no sólo de la Biología sino de la Psicología y de la Filosofía también, pues le daban un fuerte espaldarazo al *materialismo filosófico*. Daba la sensación, como consecuencia de sus arduos trabajos, que ya no quedaba lugar para la creencia en la existencia del “alma”. De la añorada *vida después de la muerte*. La esperanzada existencia de un posible “más allá”. Todo pensamiento, sentimiento y conducta eran cada vez más explicables por medio de la compleja maquinaria cerebral. Los estudios psicológicos de Piaget, que sugerían un condicionamiento biológico en la evolución de la mente del niño y el determinismo psicoanalítico de Freud, donde la sexualidad aparecía como el eje central de toda la conducta humana, parecían confirmar cada vez más los trabajos de este célebre investigador. Ya instalado en su granja de la zona rural de Canadá, y con tanto prestigio en su haber, *se valió de una gran roca erigida cerca de su casa para ilustrar su sólida creencia*. En un lado de la roca pintó el término griego que significa “espíritu”. En el otro lado trazó el perfil de una cabeza humana con el signo de interrogación donde debería estar el cerebro. Conectó las dos figuras con una línea sólida vinculada a la antorcha de Esculapio como representación de la Medicina. Para él, esa imagen

significaba que las cuestiones sobre la existencia del alma ya habían quedado respondidas por la Ciencia médica. Por lo que a Penfield concernía, los estudios cerebrales explicarían en última instancia todo lo relacionado con la mente y el cuerpo. Y los fantasmas, la comunicación con los muertos, los viajes astrales o la experiencia espiritual de vivir “fuera del cuerpo” y viajar a otros mundos serían al final reconocidos como experiencias producidas por enajenaciones neuroquímicas o desórdenes mentales.

El tiempo para Penfield fue pasando, mientras no paraba de gastar sus años en revolver dentro del cerebro con el objeto de encontrar todas las respuestas respecto de la naturaleza profunda del espíritu. Como ocurre con aquellos investigadores que bucean en la Ciencia de *verdad*, en vez de quedarse atascados (como hacen muchos) en los reconocimientos académicos y en las concepciones “sabidas” y dejadas, por lógica, de cuestionar, siguió poniendo a prueba su modelo científico materialista como forma de interpretar los procesos mentales y ocurrió, para su desazón, que las respuestas últimas que él esperaba encontrar dentro del cerebro no aparecían... Algo parecía no funcionar en su “modelo”. Había una pieza escurridiza que no dejaba huella en ninguna neurona y sin embargo estaba allí, haciendo

funcionar espléndidamente esa fantástica maquinaria cerebral. Se podía detectar fácilmente la zona en dónde se activaba un pensamiento, pero no se podía localizar la “fuente” que lo originaba. El *fantasma en la máquina*; la misteriosa entidad dueña de todas las “decisiones”. Las imágenes y demás percepciones se proyectan en un área del cerebro y la conciencia. ¿Dónde está la conciencia? ¿En qué región del cerebro se ubica? ¿Se puede desconectarla y volver a conectarla como cuando uno enciende y apaga un televisor? ¿Y por qué además de *saber* tenemos que *saber que sabemos*? ¿No nos debería bastar con tener la información archivada en la memoria y listo, como hacen los ordenadores? Las máquinas no necesitan tener conciencia para poder “funcionar”. El intrincado mundo de los sueños, donde el cerebro está más “muerto” que vivo, fue siempre, para Penfield, un absoluto misterio sin develar. Y así como se le escurría el enigma del espíritu en el intrincado laberinto de los cables neuronales, se le iba escurriendo la vida también, junto con su gran biblioteca atascada de libros y todos sus diplomas médicos colgados en la pared.

Ya habían pasado cincuenta años desde que había fundado la Neurología. Esa hija que había brotado, como Palas Atenea, de su brillante mente. Y sintió que era

tiempo, tal vez, de tomar una clara decisión. De enunciar un veredicto. De rendirse frente a la *evidencia*. Fue entonces que, en una de esas etapas cruciales que suelen tener todos los grandes hombres de Ciencia y en un momento en el que tenía frágil su salud, el gran Wilder Penfield, que estaba a poco tiempo de despedirse para siempre de este mundo, *decidió finalmente cambiar de opinión*. En un día helado y hostil, con una temperatura rondando el cero grado, se puso seis jerseys para resguardarse del frío invierno canadiense y caminó, no sin poca dificultad, hasta la roca que con tanta seguridad había pintado varios decenios antes. Se paró frente a la roca y la miró. Recordó sus inicios, sus días en la Universidad. Recordó su nombre en las tapas de las revistas científicas y sus años dedicado al estudio del cerebro. Toda su vida de hombre de Ciencia desfiló frente a sus gastados ojos, frente a esa roca que simbolizaba para él la solidez del conocimiento humano. Puso en el suelo un tarro que llevaba en la mano, metió un pincel dentro de él y, con pintura fresca, *cruzó la línea sólida entre el cerebro y el espíritu, sustituyéndola por una línea punteada y un signo de interrogación*. Esto se convirtió en un recordatorio visual de que a su obra del cerebro le faltaban todavía muchas preguntas sin respuestas sobre la mente y el alma. En su última obra “El misterio de la mente” dijo:

“Llegué a tomarme seriamente, incluso a **creer**, que la conciencia del hombre, la mente, NO es algo que pueda reducirse a mecanismo cerebral”

Penfield añadió que la determinación de la conexión entre la mente y el cerebro es “el último de los problemas”. Después de años de investigar el cerebro, se **convenció** de que había algo que diferenciaba la *mente* del *cerebro físico*. Según sus palabras:

“Tomada de cualquier modo, la naturaleza de la mente representa el problema fundamental, quizás el más difícil e importante de todos los problemas. Para mí mismo, tras una vida profesional empleada en tratar de descubrir cómo el cerebro explica la mente, me ha resultado una sorpresa descubrir ahora, durante el examen final de la *evidencia*, que la hipótesis dualista (la mente está separada del cerebro) parece la más **razonable** de las explicaciones.

Como todo hombre debe adoptar por sí mismo, sin la ayuda de la Ciencia, su modo de vida y su religión personal, yo he tenido desde hace mucho tiempo mis propias creencias. ¡Qué emocionante resulta descubrir entonces que también el científico puede creer legítimamente en la existencia del espíritu!

Posiblemente, el científico y el médico podrían añadir algo si se salieran del laboratorio y la sala de consultas para volver a pensar en estos seres humanos extrañamente dotados que somos. ¿De dónde procede

la mente, o el espíritu si así lo prefiere? ¿Quién puede decirlo? **Existe.** *La mente está unida a la acción de un determinado mecanismo dentro del cerebro.* Una mente ha estado así unida a todo ser humano durante muchos miles de generaciones, y parecen existir evidencias significativas de la herencia en el carácter de la mente de una generación con respecto a la siguiente y a la siguiente. Pero, de momento, sólo podemos decir, simplemente y sin más explicación, que la mente **nace.**”

Meditando sobre la última de las preguntas, Penfield se planteaba esta cuestión: ¿Qué sucede con la mente después de la Muerte?:

“Esta cuestión nos lleva a otra que se plantea con frecuencia: ¿Puede comunicar la mente directamente con otras mentes? Por lo que respecta a cualquier conclusión científica claramente probada, la respuesta a la segunda pregunta es negativa. La mente sólo puede comunicar con mecanismos cerebrales. Ciertamente, con la mayor frecuencia lo hace por medio del mecanismo del lenguaje. Sin embargo, puesto que la naturaleza exacta de la mente es un misterio y el origen de su energía todavía ha de ser identificado, *ningún científico se encuentra en posición de decir que la comunicación directa entre una mente activa y otra no pueda producirse durante la vida. Lo que puede decir es que todavía no se han presentado evidencias irrefutables.*

Las comunicaciones directas entre la mente del

hombre y la de Dios son otro asunto distinto. La argumentación en favor de la existencia de ésta está en la reivindicación hecha por tanto hombres, y durante tanto tiempo, de que han recibido guías y revelaciones de algún poder, que está más allá de los mismos, por medio de la oración. No veo razón alguna para dudar de esta evidencia, **ni medio alguno a someterla a una prueba científica.** Ciertamente, ningún científico tiene derecho, en virtud de su ciencia, a prescindir del juicio sobre la fe con la que los hombres viven y mueren. Nosotros sólo podemos expresar los datos del cerebro, y presentar las hipótesis fisiológicas que sean relevantes para lo que hace la mente.

Tenemos que regresar ahora, aunque a desgana, a la primera cuestión: cuando la Muerte sopla por fin esa llama que fue la Vida, la mente parece desvanecerse, como un sueño. Y he dicho “parece”. ¿Qué es lo que uno puede concluir realmente? ¿Cuál es la hipótesis razonable con respecto a esta materia, teniendo en cuenta las evidencias fisiológicas? Sólo esta: *el cerebro no ha explicado plenamente a la mente*”

Tras cincuenta años de estudiar el cerebro vivo, Wilder Penfield, el padre de la Neurociencia, comprendió que la respuesta a esta pregunta de si existe o no un alma dentro del cerebro era, hasta ese momento, más afirmativa que negativa. Pocos años después de su muerte, los trabajos del doctor **Raymond Moody** primero y de

Kenneth Ring después, a la cual se sumaron los aportes del doctor **Melvin Morse** y **Michael Sabom** entre tantos otros pioneros de las Experiencias Cercanas a la Muerte, corroboraron con creces la certeza de Penfield de que existe una dualidad mente-cerebro y que, por lo tanto, *hay una continuidad de la vida después de la muerte física*. Estos descubrimientos son sin dudas muy importantes para la civilización occidental porque le quitan a un vasto sector de la gente uno de sus grandes temores: el miedo a la Muerte. O, en el peor de los casos, el “sin sentido de la Vida”. Sé que muchos de ustedes se preguntan (y yo también me lo he preguntado) cosas como, por ejemplo, *¿Para qué sirve vivir una vida que sólo se reduce a luchar por la supervivencia, en un mundo por demás injusto y difícil, si, finalmente, después de tanta lucha y sueños postergados, terminamos nuestra existencia en una fosa fría y oscura?* Las ECM nos demuestran que la Vida no es absurda y “sin sentido” y que ella tiene un PROPÓSITO para nosotros. Que se vive para “algo” y “por algo” y no simplemente para “durar y perpetuarse”. Las ECM nos demuestran, además, *que un futuro de desafíos nos esperan.*

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

